

# BACHELARD, REPAROS Y SIMPATIAS

**D**EBO confesar que de pocos sistemas críticos, de pocas referencias temáticas, me siento tan lejos como de los de Gastón Bachelard, que acaba de morir en Francia. Y sin embargo —quizás por eso mismo— su lectura me ha sido siempre de interés, de ella nunca he salido sin aprender algo, sin percibir esa incitación polémica que testimonia la existencia del escritor de raza, y sin agradecer la honestidad de un pensamiento que moviéndose en zonas muy riegosas opera siempre con cautela, con sabiduría, con confianza en la imaginación poética, y también en la razón.

Quizás este doble movimiento, de rechazo y de simpatía, estuviera previsto por Bachelard. ¿Acaso no fue él quien escribió en su agudo libro *La filosofía del no*, que “cuando dos hombres quieren verdaderamente entenderse deben empezar por contradecirse” y que “la verdad es hija de la discusión y no de la simpatía”? Para cuando escribo estas líneas, probablemente ya otros se han ocupado en las páginas de “*Marcha*” de la personalidad y la obra de Bachelard, y yo puedo limitarme a tratar de dilucidar este curioso desencuentro.

Porque ocurre que dentro del mismo Bachelard se conjugaron elementos no sólo distintos, sino de esos que en primera instancia se dirían antitéticos. Para quienes conocen sus libros más divulgados, esos que publicó Coril, empezando por su *Lautreamont* y siguiendo por la serie *El agua y los ensueños*, *El aire y los sueños*, *La tierra y las ensoñaciones de la voluntad*, *La tierra y las ensoñaciones del reposo*, y otros como *La poética del espacio* o *La poética de la ensoñación*, para quienes conocen esos libros sutiles y en apariencia errátiles, se podría decir que Bachelard es un mistagogo moderno, que ha fusionado una inclinación estética con otra psicoanalista, en la línea de Karl Jung, aplicándola a un examen de las materias que elabora la poesía y tratando de avanzar en el sendero ya desbrozado por la psicología del arte. Pero Bachelard es también autor de numerosos libros de carácter científico, donde, según los especialistas dicen, revela una segura información y una original sistematización de los conocimientos (Ejemplo: *Estudio sobre la evolución de un problema de física: la propagación termina en los sólidos*, o *El pluralismo coherente de la química moderna*, o *El valor inductivo de la relatividad*), y es también un filósofo que parece prolongar la temática bergsoniana hasta ingresar en la fenomenología (*La dialéctica de la duración*, *El materialismo racional*, *La filosofía del no*).

Cuando Bachelard se pone a caminar por los terrenos más escurridizos, cuando uno piensa que va a perder pie, —¡cuántas veces sentimos que le pasa a Jung!— aun sin querer trampear va guiado por una secreta y segura base racional. Lo que parece una cuerda floja, y además imaginaria, es un resistente cordel metódicamente trenzado.

En una serie de libros sobre la poesía, hay dos aportaciones originales, que deben serle reconocidas: por un lado el valor actuante de los

elementos fundamentales, básicos, de la naturaleza, sobre el espíritu poético, a saber, esa agua, de río o de pozo, no de mar; esa tierra ante la que el hombre asume los dos movimientos contrarios, de la vertical y de la horizontal; ese fuego sobre el que preparaba, al morir, un libro mayor; por otro lado la valoración, siguiendo a Jung, de los elementos del inconciente colectivo, como piezas maestras de la formulación poética, aunque en Bachelard hay una tendencia más marcada a la estimación histórica de los mitos.

Curiosamente, estas aportaciones acarrearán un análisis más sensible de lo que podríamos llamar una “poética de lo concreto” o una “poética de la naturaleza” desde el ángulo de la vida interior. Para Bachelard hubiera sido un alto regalo aquel espléndido verso en que Antonio Machado racionaliza su experiencia intuitiva: “y algo que es tierra en nuestra carne, siente la humedad del jardín como un halago”.

En última instancia, el análisis de todos estos elementos conducen a lo que era la preocupación mayor de Bachelard: el desentrañamiento de la imaginación creadora, de su funcionamiento íntimo. Pero es justamente allí donde pueden formularse las mayores discrepancias, porque Bachelard, quien no llegó a estructurar en forma sistemática sus interpretaciones, dejó al margen la amplísima aportación de la inteligencia, la tarea constructora de la razón misma, y sobre todo la articulación ideológica de la creación artística. Su edificio se sostiene sobre los ejemplos en que trabaja, generalmente fragmentos de poemas que concurren por sus temas a la demostración emprendida, pero el fenómeno más amplio de la poesía y su fundamentación, se escabulle presto de entre sus manos.

Leo el último de sus libros, *La flamme d'une chandelle* que él considera una órbita de simple divagación donde, sin acumulación de investigaciones ni unificación de método, pretende explicar “la renovación de la ensoñación que experimenta un soñador ante la contemplación de una llama solitaria”. En la forma libre, vaga, en que está escrito el volumen, al desgaire de las impresiones personales y de algunas lecturas oportunas, se acumulan materiales para una “Poética de la llama”, por considerarla una de las mayores operadoras de imágenes: “La llama nos obliga a imaginar. Cuando se sueña delante de una llama, lo que se ve es nada comparado con lo que se imagina”. Tomando esta vela solitaria como pretexto, Bachelard recorre algunos temas ya vistos en otros libros suyos, así el de la verticalidad, y el fragmento que traducimos, ilustra las virtudes y reparos que merece la obra de este crítico original.

No es de sus obras más logradas, pero es de las que tienen más don de la simpatía, porque no sólo se entrelazan los distintos temas y meditaciones del autor, sino que él mismo aparece ante el lector en esa actitud comprensiva, aienta, discreta, que le ha valido, en el momento de su muerte un unánime homenaje de los intelectuales franceses.

París, octubre, 1962.

Angel Rama.